

repartidos los papeles de acuerdo con el autor, se dieron dos dias para el estudio á los cómicos y en seguida comenzaron los ensayos, á los cuales concurrían no solo mis amigos que estaban en el secreto de mi incógnito, sino otros muchos de los que aumentaban todos los dias el ya numeroso grupo de personas que estaban en el secreto de mi verdadero nombre, á saber: la compañía dramática, los oficiales de la 3.ª division, los pasajeros que habia en el hotel, mis paisanos que eran como cincuenta, los comerciantes y un gran número de familias. Se puede decir que de buena fé y con entera formalidad que el único no me conocia era el General Escobedo que me llamaba Lic. Montesdeoca.

Asi fué como se supo en toda aquella sociedad muy pronto, quien era el autor de la comedia y esto contribuyó á que con anticipacion empezaran á tomarse localidades para el estreno de la *Manzana de la Discordia*, siendo el primer palco apartado, el de mi amigo el Sr. General Escobedo.

## CAPITULO XIX.

### TRIUNFO Y DERROTA.

Luego que empecé á considerar que aquella broma podia traer serias consecuencias, pues notaba que habia en todas partes real alboroto para asistir á la representacion, pronunciándose mis dos nombres de boca en boca, designándome los unos como el audaz revolucionario compañero de los cabecillas de Sinaloa que iba á desafiar al poder público, ora fingiéndome defensor, ora apareciendo como anónimo autor de comedias, y los otros como el notable jurisconsulto mexicano, amigo distinguido del General Escobedo que bajo el humilde nombre de Antonio Montesdeoca ocultaba una colosal reputacion, no limitándose mis conocimientos al foro sino que iba por donde pasaba produciendo tambien lucubraciones drámaticas, anunciándose como resultado de todos estos rumores y otros muchos que se esparcieron por toda la ciudad de San



Luis, que el Teatro iba á verse lleno de bote en bote la noche del estreno de la *Manzana de la Discordia*; luego que consideré todo esto, repito, supliqué al general Toledo que, ya solo ó acompañado conmigo, hablara al general Escobedo declarándole de una vez quien era yo para que resultara lo que habia de resultar. Mi corazón me decia que no llevaban buen camino las cosas como iban.

Estuvo de acuerdo Toledo, ofreciéndome que en aquella misma noche quedaria arreglado el asunto, pues que confiaba para salvarme de toda molestia, mas que en mi poca culpabilidad en el gran cariño que le profesaba el gefe de la 3.ª Division. Pero seguramente lo dijo á Granados y demas amigos, quienes temieron que con aquel aviso fuera yo aprehendido y se descompusiera todo el negocio de la representacion teatral que prometia estar de rechupete y, bien aleccionado un capitán Fernández que fungia como ayudante, y mas que como ayudante como amigo de las confianzas de Toledo, se presentó entre nosotros y en mi presencia dijo: que acababa de estar con el general Escobedo, que ya para él no era un secreto mi nombre y que no tenia ánimo de molestarme en manera alguna, pues que él no haria el papel de denunciante avisando al gobierno general que era el único interesado en aprehenderme, que allí me encontraba. Todo esto iba tan de conformidad con mis propias ideas, que lo creí á pié juntillas y me propuse ir á dar las gracias al general luego que pasara el dia siguiente señalado para el estreno de la comedia.

En esa misma tarde llegó, procedente de Jalisco, el

general D. Sóstenes Rocha, y esto venia á complicar un poco la situacion; pero ya no habia medio de retroceder y en todo caso él era subalterno del general Escobedo, que se habia convertido, segun la manera con que nos trataba, en nuestro mejor amigo y en nuestro protector.

Estaban los dos generales conversando en la casa de este último, cuando dos hombres entraron á la sala llevando dos cestas llenas de ramilletes de flores.

—¿Y que objeto tienen tantos buquets? preguntó Rocha.

—Se estrena hoy una comedia de mi amigo el Lic. Montesdeoca.

—¿Quien es ese Montesdeoca?

—El abogado que vino de México como defensor de Toledo.

—Como se llama de nombre?

—Antonio.

—No le conozco.

—Ni yo tampoco le conocia antes, pero me simpatiza y para que se le arrojen á él esta noche es para lo que he mandado traer esas flores.

—Iremos á la funcion.

—Se destinan los productos á una obra de beneficencia y el teatro estará lleno.

—Pues ¡bravo! por el Lic. Montesdeoca.

La noche estendió los pligues de su magestuoso manto sobre la en aquel momento bulliciosa ciudad de San Luis, á poco las músicas de los cuerpos co-



menzaron á tocar alegres piezas en la puerta del Teatro Alarcon, se encendieron todas las luces que pudieron encenderse en el edificio y calles inmediatas y la gente comenzó á aparecer en grandes grupos, quedando en muy poco tiempo inundado el vestíbulo y todas las entradas y salidas, costando gran trabajo á las familias penetrar entre aquella muchedumbre para acogerse á sus plateas y palcos.

Cuando dieron las ocho de la noche no habia donde poner un pié en todo el Teatro.

Solamente se esperaba á que llegaran los generales Escobedo y Rocha, para que empezara la representacion. Yo, entretanto, estaba en el foro detrás de la cortina, observando aquella concurrencia, curiosamás de contemplarse allí reunida, que interesada en el estreno de la obra. Fuerza es confesar que, por avezado que estuviera á aquellas situaciones, de las que llevaba seis con buenos éxitos, me encontraba en aquellos momentos lleno de extrañas emociones. El público me era desconocido á mí, como yo á él, puesto que se ignoraba quién era el autor de la comedia; pero de todas maneras, sentia un temblor general paseándose por todo mi cuerpo, pegado á los agujeros del viejo telon. De repente noté un movimiento general... habia llegado el general Escobedo, acompañado de Rocha y su Estado Mayor.

El director de escena tocó la campanilla y todos corrieron á ocupar sus puestos.

Se alzó el telon y comenzó la representacion en medio del más profundo silencio.

La *Manzana de la discordia* más que una pieza de arte es un juguete cómico, formado sin plan fijo, sin meditacion y por puro entretenimiento. Por las noches ántes de acostarme y por la mañana á las horas en que no tenia qué hacer, forjaba las escenas que se me ocurrían, procurando dibujar con líneas grotescas los caracteres de la viuda de un militar, de un marino cesante y de un intrigante casero, los cuales forman una maraña de entremes, que viene á desenlazarse con el estribillo de cajon; una criadilla descubre el pastel, para que se venga á quitar la careta al traidor que turbó con sus intrigas la tranquilidad de una casa en que vivian dos familias como tórtolas en sus nidos.

Seguramente no se esperaba que anduviera por allí algun ápice de *vis cómica*; el caso fué que á las pocas escenas, en que se notó que se trataba de reir y no de entristecerse, resonaron nutridos aplausos y grandes risotadas por todo el salon.

Al concluir el primer acto, se prolongaron las salvas de aplausos, se hizo que las músicas tocaran dianas y se prorumpió en la acostumbrada gritería de ¡el autor! ¡que salga el autor!

Yo me sentía contento y á la vez estaba temblando. Todo era que el autor saliera y que la incógnita aquella de Montesdeoca quedara descubierta inoportunamente. A los amigos íntimos que me hacian insistencias para que me presentara al público, les contestaba yo:—Del palco escénico voy á dar á la cárcel.

A Escobedo le temia, porque consideraba bien que,



por bueno que fuera, no habia de perdonarme tan facilmente toda aquella burla; pero á Rocha le temblaba porque sabia que era muy rígido, muy enérgico, muy severo con los revolucionarios, y tambien le suponía un poco enojado conmigo porque me le habia pasado, como se dice vulgarmente, por los bigotes, cuando tenia tanto empeño de sujetarme á prision en mi tránsito por Guadalajara al hacer mi viaje de Tepic á la Capital de la República.

Llegó sin embargo el momento en que no pude resistir más ni los gritos que daba el público ni las instancias de actrices, cómicos y amigos y....armándome de heroica resolución, sali á dar las gracias. Como sucede siempre, el entusiasmo se cuatriplicó, los aplausos fueron frenéticos y, entre la gritería, se escuchaban dos nombres atribuidos al mismo autor que eran el mio y el de Antonio Montesdeoca.

Rocha con su fina perspicacia comprendió al punto de lo que se trataba: bastó que oyera pronunciar mi nombre para que se confirmara en una sospecha que se propuso analizar bien en aquella misma noche.

Siguieron á esto los corrillos formados por los concurrentes y en ellos pronunciándose con frecuencia mis dos nombres....Se representó el segundo acto, gustó tambien y se repitió la escena del toque de las dianas y de la salida del autor.

—¿Quien es por fin el autor? preguntó el General Rocha á Julio Granados á quien habia hecho un ademán desde lejos para que se le aproximara.

—Es D. Antonio Montesdeoca, contestó Granados.

—Es una pregunta confidencial...no hay miedo de que comprometa yo el incógnito si es la persona que me sospecho.

—Y si fuera el mismo....

—Nada tendria que temer con que yo lo supiera.

—¿Positivamente, general?

—Positivamente.

—¿Pues es él!

—Lo habia adivinado. Ahora es bueno decirle que no tenga temor ninguno de descubrirse: ni el General en jefe ni yo le haremos ningun mal.

Julio apenas pudo darle las gracias, pues como ardía en deseos de referirme lo que habia pasado se fué corriendo á buscarme en el foro durante la representacion del tercero y último acto.

Cuando el alborozado jóven me dijo aquello que habia pasado, me puse todo frio sin saber por qué y exclamé con melancolia:

—En fin, estoy ya descubierto...

Ya no volvi á ocuparme de mi triunfo sino de aquella fatalidad, pues en todo caso lo que mas me mortificaba era haber engañado durante cuatro meses al General Escobedo, á quien debi confiárselo todo desde que vi que era un buen hombre y un cumplido caballero. Mi idea de hacia ocho dias habia sido presentármele resueltamente y decirle:—Yo soy Fulano de Tal—Aquel descubrimiento, hecho solo por la astucia del General Rocha, me contrariaba horriblem-



ente y ya no volví á estar contento en aquella noche.

El entusiasmo prosiguió, el número de mis amigos se aumentó extraordinariamente y fui paseado por las calles acompañado de una orquesta y de algunas hachas encendidas.

Serian las cuatro de la mañana cuando regresamos al alojamiento de Granados y Toledo en el cual tenia yo una cama, conservando no obstante mi cuarto en el hotel como una especie de gabinete de estudio. Estábamos molidos, cansados por aquella jornada de gusto y nos entregamos al descanso.

Mi sueño no fué tranquilo sin embargo y á las nueve de la mañana desperté á mis amigos manifestándoles que yo creia prudente ocultarme ó salir de San Luis.

Se echaron á reir diciéndome:

—No hay cuidado; despues de almorzar vamos todos juntos á ver á Escobedo y á Rocha, seguros de que desarmaremos al primero y contaremos con la proteccion del segundo para lo sucesivo.

Era el dia 5 de Setiembre, el que seguia al cumpleaños de una persona muy amada de mi familia, que yo habia escogido para el estreno de mi pieza: habíamos acabado de almorzar á cosa de las once de la mañana y estábamos conversando de sobremesa los cinco ó seis amigos que comíamos juntos habitualmente, cuando el criado anunció la presencia de un militar.

—Que pasó adelante, dijo Granados.

Ellos tenian muchos amigos militares y no sintieron alarma ninguna; pero yo....

—Es el Mayor de Plaza, dijo Toledo luego que apareció en la pieza inmediata.

—¡Ah! exclamaron les otros.

El coronel Unda saludó y preguntó en seguida si estaba allí una persona de mi nombre.

—No, me apresuré á contestarle, para que los demás comprendieran mis intenciones.

—¿Y el Sr. Lic. Montesdeoca?

—Ese soy yo, le contesté.

—¿Tiene vd. la bondad de acompañarme?

—Con mucho gusto; pero ántes ¿no pudiera vd. tener la bondad de contestarme á una pregunta?

—A las que vd. guste.

—¿Trae vd. alguna orden por escrito para aprehenderme?

—Sí, señor.

—¿Pudiera vd. manifestármela?

—No tengo inconveniente.

Metió la mano á su cartera y me alargó un papel.

—Quería simplemente ver la firma.

—Es del general Rocha.

—Ah! bien, dije con despecho y me mordí los labios.

El coronel Unda me dió el brazo con todo comedimiento, y con todo comedimiento me llevó al cuartel de San Francisco, en donde estaba un cuerpo de infantería mandado por el coronel Montesinos.

El oficial de la guardia me recibió con toda cere-



monia y me designó como prision el cuarto de banderas, colocando en seguida dos centinelas de vista, uno en la ventana por dentro y otro en la puerta.

El mismo oficial vino á los cinco minutos á preguntarme mi nombre, para rendir el parte.

—Antonio Montesdeoca, le contesté.

## CAPITULO XX.

### DICHAS Y DESDICHAS.

Media hora despues se presentó allí el mismo general Rocha y me dijo sin preámbulos:

—¿Qué empeño tiene vd. en seguir ocultando su nombre, cuando ya todos sabemos quién es vd.?

Por toda contestacion sumí los hombros.

—¿Cree vd. ahora que sea difícil averiguarlo?

—No.

—¿Pues entónces?

—Lo niego por despecho.... porque no esperaba que se hubieran apresurado tanto á mandarme aprehender.

—Pero como á nosotros mismos nos hace vd. dudar con esa terquedad en negar, tengo que preguntarle á mi vez: ¿es vd. Fulano de Tal?

Me quedé mirándole fijamente, y luego contesté: